

El nacimiento del Rey

Lucas 2:1-20

Introducción:

Uno de los momentos más gozosos en la vida de todo ser humano es cuando puede contemplar a una criatura recién nacida, la cual prolongará su nombre y su sangre.

Los seres humanos nos preparamos para el momento hermoso del nacimiento de nuestros hijos y, por lo general, no queremos que nada se nos escape: biberones, pañales, ropita, aceites, cremas, abrigos, una cuna, la clínica donde nacerá, en fin, meses antes del alumbramiento ya estamos absortos en los preparativos para recibir al nuevo miembro de la familia.

Y no es para menos, realmente el nacimiento de un bebé nos muestra el maravilloso diseño que el creador hizo para que la vida se prolongara en la tierra. El nacimiento es la prolongación de la vida. Cuando un hombre y una mujer conforman un hogar se ubican en el propósito divino de producir el milagro de la vida. Dos seres mortales e incapaces de crear vida, son usados por Dios para generar el milagro de la existencia.

Y tener hijos es una bendición divina. Debe ser considerado un acto de inmensa misericordia de parte de nuestro Dios el permitirnos engendrar y dar a luz hijos. Esto es lo que dice el salmista “*He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre*” (Sal. 127:3).

Ahora, la mayoría de los padres no sabemos a ciencia cierta qué va a ser de nuestros hijos: si serán inteligentes, si aprenderán con facilidad a ser sabios, si contribuirán en algo positivo al desarrollo de la sociedad, si llegarán a ser personas influyentes. Esto no lo podemos saber con certeza.

Pero hubo una pareja de esposos en una humilde población de Galilea llamada Nazaret, en los inicios del primer siglo de nuestra era, que supo con antelación la grandeza que llegaría a tener el hijo que estaban esperando. Ellos más que ninguna otra pareja en el mundo tenían poderosas razones para estar expectantes del día del alumbramiento, ellos más que nadie debían haber hecho las más complejas preparaciones para que no solo ellos, sino todo Israel recibieran con grandes pompas al que sería el Salvador de Israel.

Por fin, lo que santos hombres y mujeres de Dios habían esperado por siglos y siglos, está a punto de cumplirse. Por fin está a punto de llegar el niño que se convertiría en la única esperanza de Israel, por fin llegaría la simiente prometida miles de años antes al sabio patriarca Abraham, por fin llegaría el hijo que ocuparía el trono de David su padre para siempre y restauraría la gloria del pueblo de Dios, librándole de sus enemigos y sumergiéndoles en un reinado de gozo y paz.

Veamos hoy como se da el cumplimiento de la profecía central en todas las Sagradas Escrituras, la venida del Salvador, la venida del Rey eterno.

Para una mejor comprensión de nuestro texto lo estructuraremos de la siguiente manera:

1. La historia se mueve para su nacimiento. V. 1-3
2. La ciudad correcta para su nacimiento. V. 4-5
3. El lugar más propicio para su nacimiento. V. 6-7

1. La historia se mueve para su nacimiento. V. 1-3

“Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad”.

El verso 1 empieza diciendo que “Aconteció en aquellos días”. Es de suponer que se refiere a los días cercanos al nacimiento del precursor del Mesías, Juan el Bautista. Esos días que habían sido esperados por los santos hombres de Dios en un Israel que llevaba siglos de subyugación de parte de una sucesión de imperios, de un Israel que veía como su religión cada día entraba en decadencia, donde los grupos más conservadores se habían vuelto legalistas, viviendo la religión de manera externa pero sin cambios profundos en sus corazones.

Esos días, en los cuales el cielo estaba moviéndose de una forma maravillosa en medio de la historia humana, días gloriosos en los cuales el Dios del cielo ha roto el silencio de más de 400 años, y de nuevo su voz es escuchada por hombres y mujeres escogidas. Esos días en los cuales de nuevo los ángeles son activos en medio de la historia de la redención.

En esos días, el Dios de la historia, mueve los hilos de la misma, e inclina a los corazones de los hombres más poderosos, como si fueran simples siervos en sus manos, para que tomen decisiones conforme al decreto eterno, y así se dé cumplimiento a la tan esperada profecía.

Está a punto de nacer el Rey del mundo y es necesario que los reyes de la tierra obren conforme a Su eterna voluntad.

Es así que encontramos a Augusto César, el Máximo Pontífice, como le llamaban los romanos, el hombre más poderoso de toda la tierra en su tiempo, decretando lo que Dios había decretado. Dios pone en el corazón del emperador romano hacer un censo en todo su imperio, el cual era tan grande que a todo el territorio abarcado se le conocía como “toda la tierra”, o como dice Lucas “todo el mundo”.

Al Dios de la historia no le es difícil mover a todo el mundo para que se cumplan sus propósitos.

Para que se diera el nacimiento del Salvador, a Dios le plació, literalmente, mover al mundo conocido de la época.

El versículo 3 dice que *iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad.*

El emperador decreta hacer un censo, tal vez con fines militares y de recaudación de impuestos, obligando así a todos los hombres a desplazarse de sus lugares de residencia a su ciudad de nacimiento. Debió ser algo de mucho movimiento, al menos en Israel, donde se acostumbraba que en los censos las personas debieran trasladarse a su ciudad de nacimiento.

Cuán grande es el Dios de la magnífica historia. Va a nacer su hijo y requiere que todo el mundo se mueva, que las gentes se desplacen de un lugar para otro. Dios pudo haber dicho a José y María, tal vez usando a los mismos ángeles que les hablaron varias veces, que se desplazaran a Belén para que allá naciera el que restauraría el Trono de David, el gran rey que nació en Belén. Pero el señor no quiso hacerlo así. A él le plació usar al emperador romano, como si fuera su siervo, para que hiciera que las gentes del imperio, y entre ellos José y María, se desplazaran en largas caminatas.

Pero ¿Por qué razón el Señor quería que el Salvador naciera en Belén? Esta pregunta nos conduce al segundo punto de nuestro sermón.

2. La ciudad correcta para su nacimiento. V. 4-5

“Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y de la familia de David, para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta”.

No sabemos si todos los habitantes del imperio romano se sometieron al edicto promulgado por Cayo Julio César Octavio, el nombre del emperador Augusto, pero es de suponer que estos censos imperiales causaran revueltas en las provincias que eran subyugadas, no siendo la tierra de Palestina la excepción. Una buena parte de los judíos odiaban al imperio romano, y mucho más odiaban estos censos que tenían como fin mejorar el sistema de la recaudación de impuestos, los cuales no eran necesariamente para el beneficio de pueblo judío, sino para el enriquecimiento del imperio.

No obstante, los padres que Dios escoge para el Salvador son piadosos, y saben que es necesario someterse a las autoridades superiores *“porque no hay autoridades sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia”* (Ro. 13:1, 2, 5). Un hombre piadoso tiene una conciencia dominada por la Ley de Dios, y este es el caso de José, quien, a pesar del estado de embarazo de su esposa, y sabiendo que tendrían que enfrentarse a muchas dificultades en un viaje de 140 kilómetros, por carreteras y vías llenas de peligros e incomodidades, decide obedecer el edicto del emperador.

José, por su obediencia, cumplió las profecías y fue tenido como alguien digno de estar en la genealogía del Salvador eterno. Su obediencia hizo posible que el Salvador naciera en la localidad correcta.

Los padres de Jesús deben viajar a Belén porque José era de esa ciudad. Pero nuestro autor sagrado nos deja ver algunos datos importantes, los cuales son testimonio de que el Salvador sí era la persona que decía ser, pues, en él se cumplían perfectamente las profecías que se habían dado siglos antes. El Mesías, el Salvador y Rey, debía ser de la línea real de David, no podía ser de otra tribu, ni de otra familia.

José vivía en Nazaret, y supongo que así como luego fue denominado Jesús por sus conocidos, el Nazareno, también a José se le llamaba con ese gentilicio. Pero Nazaret quedaba en Galilea, una provincia romana en Palestina habitada por judíos y otras culturas. Judea era el centro de la actividad religiosa, encontrándose en Jerusalén el templo reconstruido por Herodes, de manera, que sus habitantes

se consideraban el reducto fiel de la verdadera religión. Así que los sacerdotes y líderes religiosos, vivían, preferentemente en Judea. Galilea, aunque era habitada por numerosos judíos y allí habían muchas sinagogas, no era considerada como un lugar donde la religión verdadera prevalecía, incluso en las Sagradas Escrituras se le denomina *Galilea de los gentiles* (Is. 9:5).

De manera que si Jesús hubiese nacido en Nazaret, entonces no tendría todas las credenciales para ser llamado el Mesías, el heredero del trono de David. Más tarde, en los años del ministerio de predicación de Jesús, algunos judíos que no sabían la historia del nacimiento del Salvador, cuestionan que él sea llamado el Cristo, porque siendo de Galilea, según ellos creían, no podía ser el Ungido del Señor, el cual sería de Judea, específicamente de la ciudad de Belén. *“Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿de Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?”* (Juan 7:40-42).

El Espíritu Santo inspiró a Lucas para que en su investigación histórica dejara redactado de una manera clara y contundente que Jesús es el hijo de José y María, los cuales son de la casa y la familia de David. Por cierto, parece una redundancia, pues, casa y familia apuntan a lo mismo, pero cuando el Espíritu Santo quiere dar una lección, no le importa si es redundante, el objetivo es que todos comprendan que Jesús viene de la línea directa de David, el Rey, quien, por cierto, también era de Belén.

Sabemos que José es de la línea real por las genealogías que nos dejaron los evangelistas. Tanto Mateo como Lucas trazan la línea genealógica real de José y María hasta David, de manera que Jesús, el Hijo putativo de José, es descendiente, por línea real, de David.

Pero ¿Cuál es la importancia que tiene David en el nacimiento del Mesías? Miremos algunos textos en el Antiguo Testamento que nos dan la respuesta:

Cuando Jacob estaba a punto de morir dio una profecía sobre cada uno de sus hijos, y cuando llegó el turno de Judá dijo de él: *“No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies”* (Gén. 49:10). Los reyes del pueblo de Dios serían de la tribu de Judá, de manera que si Jesús habría de ser rey entonces también debía ser de dicha tribu.

Cuando Dios establece el pacto con David, le dice: *“Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente”* (2

Sam. 7:16), un descendiente de David, por línea real, ocuparía el trono para siempre. Obviamente esto no se cumplió en Salomón ni en ninguno de los otros reyes de Judá, es más, en Jeremías 22:30 Dios le dice al rey Joacín que con él terminaba el reinado de los sucesores de David.

Sin embargo, a través del profeta Ezequiel el Señor le dice al rey de Judá que ellos vendrán a ruina hasta que venga aquel *cuyo es el derecho* (Ez. 21:27). Este nacería de una virgen (Is. 7:14), y, siendo descendiente de David, sería de la aldea de Belén, como dice Miqueas 5:2 *“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”* (Miq. 5:2).

De manera que José y María, al obedecer el edicto del emperador romano, posiblemente sin ser conscientes de ello, se ubican en el plan divino, de manera que el Salvador naciera en el lugar correcto. Cuántas bendiciones hay para los hijos de Dios cuando son obedientes a sus preceptos, ellos nunca serán hallados en el lugar equivocado, siempre estarán en el centro de la voluntad de Dios.

Pero el Salvador no solo nació en la ciudad correcta, sino que nació en el lugar más propicio, y este es nuestro tercer y último punto del sermón.

3. El lugar más propicio para su nacimiento. V. 6-7

“Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”

Cuando José y María llegan a la ciudad correcta, entonces también se cumplen los días de la gestación y el niño es dado a luz. Es interesante resaltar que Lucas en los capítulos 1 y 2 utiliza ocho veces la expresión *“se cumplieron”*. Como dice un comentario bíblico *“Siglos de anhelo y oración, inspirados y alentados por las divinas promesas, están a punto de finalizar”*¹. El momento señalado ha llegado, la promesa hecha a Eva en el jardín del Edén, luego de miles de años, por fin se cumple. Ahora nacía en Belén aquel ser que siendo simiente de la mujer aplastaría por la cabeza a la serpiente, ahora nacía en Belén la simiente de Abraham en la cual serían benditas todas las naciones, ahora nacía en Belén aquel Cordero que daría su sangre para obrar la limpieza de los pecados de su

¹ Comentario de San Jerónimo. Tomo III, Nuevo Testamento I. Página 318.

pueblo, ese cordero que era representado por los sacrificios que por siglos y siglos se habían celebrado en el tabernáculo y el templo, ahora nacía en Belén aquel mediador que en mayor grado que Moisés garantizaría la comunión del pueblo con Dios, ahora nacía en Belén aquel que sería salvación y luz para las naciones, ahora nacía en Belén que es Dios con nosotros, Emmanuel.

Pero a pesar de la grandeza de este niño, a pesar de ser el poderoso Salvador que Zacarías profetizó en el *Benedictus*, el lugar de su nacimiento no sería una cuna de oro, ni un higiénico hospital, ni una habitación decorada, no, el Poderoso salvador no debía nacer en semejantes lujos, sino en un humilde pesebre, en una sucia y hedionda cueva. Pero ¿Por qué? Por varias razones:

Primero, para el Hijo de Dios, el hecho de haberse encarnado significaba despojarse de su propia gloria. La gloria que él compartía con su Padre en los cielos. Tomar forma de una criatura humana era algo humillante para el Dios del cielo. Nacer en un sucio pesebre mostraba que para Dios, el hecho de venir a morar entre los hombres, significaba bajar a lo más bajo, pues, habitaría en medio de la podredumbre del pecado que emana de los hombres. Nosotros los seres humanos, pecadores por naturaleza, nos hemos acostumbrado a nuestro pútrido olor espiritual y moral, de manera que ya no percibimos la hediondez de nuestras maldades, pero aquel que nunca conoció pecado, cuando viene a habitar en medio de hombres muertos en delitos y pecados, logra percibir los olores nefastos de nuestra maldad. Un pesebre, no como los que hoy día se usan en Diciembre, sino uno real, lleno de excremento y olores de animales, allí fue donde nació el poderoso Salvador, porque su vida sería de sufrimiento y dolor, pues, solo con su muerte salvaría al mortal pecador.

La verdadera Navidad que vivió el Salvador no se parece en nada a las que muchos paganos y cristianos celebran hoy en día, con luces multicolor, pesebres lujosos, y adornos costosos, no, la verdadera Navidad fue expresada por Pablo así: *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”* (Fil. 2:6-7). Para el Hijo de Dios, hacerse hombre, significó despojarse de sus glorias y convertirse en un siervo. El sucio pesebre de Belén lo demuestra. Jesús, cuando nació en forma de bebé, había abandonado su hogar celeste para bajar a las partes más bajas, es decir, a la tierra, como afirma Pablo en Efesios 4:9.

Pero, en segundo lugar, era preciso nacer en un pesebre, porque como dice Lucas, no hubo lugar para él en el mesón. No hubo una sola casa en Belén donde

él pudiera nacer, al menos en el calor de un hogar, ni siquiera en el sitio donde se hospedaban los viajeros pudo ser alojado, pues “*a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*” (Juan 1:11). José y María tuvieron que buscar el lugar bajo del Mesón, por lo general en una cueva, donde los viajeros dejaban a sus animales. Solo en ese sucio lugar hubo espacio para el Salvador.

Este pesebre representaría la constante situación que enfrentaría el salvador, el cual sería despreciado y desechado por las gentes, como lo había anunciado el profeta Isaías “*Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos*” (Is. 53:3). La gente de Belén escondió de él su rostro, la gente de Judea también lo hizo, y hoy también muchos lo hacen. Más son los que lo ignoran que los le aceptan.

Nuestra sociedad del siglo XXI, no es diferente de la judía del siglo I. Aunque la mayoría de nosotros usa el nombre de cristiano, la realidad es que escondemos de él nuestro rostro, no queremos verlo, no soportamos verlo, nos parece humillante decir que creemos en él, nos parece poco prestigioso afirmar que obedecemos sus mandamientos. Para muchos que se llaman cristianos, incluso el nombre de Cristo les afrenta.

Pero no todo fue privación para el Hijo de Dios. Lucas nos dice sus amorosos padres *lo envolvieron en pañales y lo acostaron en un pesebre*. Los pañales eran unas largas tiras de lienzos, con los cuales ajustaban al bebé, se creía que esto ayudada al niño a crecer alto y fuerte.

Aplicaciones:

- La natividad de Jesús fue un tiempo de gloria y hermosura para el pueblo de Dios, porque el Renuevo, la raíz de David, la simiente prometida que aplastaría a los enemigos del pueblo de Dios, había llegado. Los creyentes debemos siempre recordar ese hecho histórico decisivo, en el cual, el Dios eterno, se introduce en la historia del hombre, haciéndose uno de ellos, para brindarles una poderosa Salvación de sus nefastos pecados. No importa la época del año en que nos encontremos, debemos cantar la bella historia del nacimiento de Jesús, pues, gracias a ese acto histórico, hoy nosotros gozamos de las glorias de la salvación. No esperemos un mes determinado por la tradición de los hombres para hablar de tan mago evento.
- Pero la natividad de Jesús también fue un tiempo de gran humillación para el Hijo de Dios, pues, significó empezar el camino que lo llevaría hasta la cruenta cruz,

donde debía morir para derramar su sangre y así ofrecer la poderosa liberación del pecado que vino a dar. Solo por el camino del dolor, el cual inicia con su nacimiento en un sucio pesebre, podía obtener eterna redención para su pueblo. Nunca olvidemos que él nació, vivió, murió y resucitó, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. A los que los suyos no le recibieron, a todos los que creyeron en él se les dio la potestad de ser llamados hijos de Dios. Celebra con nosotros hoy la navidad de Cristo de una manera correcta, creyendo en él como el único medio por el cual podemos ser reconciliados con Dios, si acudes a Cristo, con plena confianza, creyendo que él es el poderoso Salvador prometido desde tiempos antiguos, entonces tu corazón, el cual ha sido el albergue de hediondos pecados, pasará a ser una morada de luz, donde brillará para siempre la santidad de Cristo.

- Qué contrastes hay en la historia de la salvación: El señor le dice a María: *“Salve, muy favorecida, el Señor es contigo”*, pero en cambio, *“No había lugar para ellos en el mesón”*. El ángel le dijo a María: *“Será grande y será llamado el Hijo del Altísimo”*. Pero María *“Lo acostó en un pesebre”*.

¿Por qué estos contrastes? La respuesta la da 2 Co. 8:9: *“Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que aunque era rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros por su pobreza fueseis enriquecidos”*.

No basta con dar una interpretación satisfactoria del relato de la navidad. Debiéramos sentirnos tan profundamente impresionados por el amor que Dios nos reveló aquí que pudiéramos sentir lo mismo que el poeta sintió cuando escribió:

*Por mí, querido Jesús, fue tu encarnación,
tu mortal dolor y la ofrenda de tu vida;
tu muerte de angustia y tu amarga pasión,
todo, por mi salvación.*

Notas:

v.7 El término griego *prototokos* es utilizado constantemente en el Antiguo Testamento (LXX) para designar al hijo que continuará la estirpe y recibirá doble porción en la herencia de sus mayores (Gn. 27; Dt. 21, 17). En algunos casos el

término tenía fuertes connotaciones mesiánicas; las bendiciones de los patriarcas, o herencia religiosa de Israel, se transmitían a través del primogénito”².

Un mensaje de gozo para hombres de fe

Lucas 2:8-20

Introducción:

Nosotros diariamente estamos recibiendo mensajes tras mensajes. Hoy día la comunicación se ha desarrollado mucho y estamos, literalmente, siendo invadidos por mucha información. Hay tanta información que ya no le damos tanta importancia a las noticias que recibimos.

Pero hay noticias de noticias, hay historias de historias, hay mensajes que no pueden ser pasados por alto. Su contenido es de tanta importancia que producen ciertos resultados en nosotros.

Hoy veremos cómo Lucas nos presenta el mensaje de un ejército de ángeles, el cual produjo hermosos resultados en los que escucharon, transformando para siempre sus vidas, conduciéndoles a la grandiosa Salvador que nos vino a dar el Poderoso niño nacido en Belén.

En esta oportunidad analizaremos el mensaje de los ángeles a los pastores, en esa magna noche en la cual nació el Salvador.

Esta será la estructura del pasaje para su análisis:

1. Un mensaje de gozo. V. 8-14
2. El mensaje verificado. V. 15-17
3. El mensaje y sus resultados v. 18-20

1. Un mensaje de gozo. V. 8-14

“Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las viglias de la noche sobre su rebaño” v. 8

² Comentario de San Jerónimo. Tomo III, Nuevo Testamento I. Página 318.

Ha sucedido algo maravilloso en la aldea de Belén: ha nacido el que será el poderoso Rey y Salvador de Israel, pero su nacimiento solo ha sido conocido por los humildes y cansados padres. Era costumbre en Israel que al nacer un bebé los vecinos y familiares se reunieran para celebrar la ocasión con música y canciones. Pero no ha sido así en la noche más hermosa para el género humano, en la cual Dios mismo toma forma humana y viene a vivir en medio de los hombres para ser su Rey y Salvador. El hombre más importante que ha pisado el planeta nace, y ni siquiera los familiares están cerca para celebrar.

En un lugar lejano de Belén unos magos de oriente han visto una estrella que anuncia el nacimiento de un poderoso rey, pero aún no saben realmente el lugar de su nacimiento, y llegarán varios meses después.

La noche en los campos de Belén es tranquila, la suave brisa mueve las hojas de los árboles trayendo en sus alas el cantar lejano de aves nocturnas, la noche es oscura y solo la luz de las estrellas y las pequeñas luciérnagas adornan las praderas de esta aldea de Israel. Alguna que otra oveja bala en medio de la oscuridad, las cuales son cuidadas por sencillos pastores que las protegen de la inclemencia del clima o el asecho de animales depredadores.

Aunque los pastores no eran tenidos como una clase social muy apreciada en el Israel del siglo I, algunos pastores en la antigüedad habían sobresalido por su vida piadosa, por su confianza en el Señor y su fe en él, de manera que el Señor Dios de Israel los escogió para ser grandes personas en la historia de la redención. Abraham, el gran patriarca, criaba ovejas, pero el pastor más sobresaliente fue David, quien, desde su temprana juventud cuidaba las ovejas en el campo y en algunas ocasiones tuvo que enfrentarse valientemente a los depredadores con el fin de salvarlas de una muerte segura. Este dulce cantor de Israel, que luego se convirtió en Rey, compuso ese hermoso salmo 23 en el cual nos presenta a Dios como el fiel pastor que cuida tiernamente a sus ovejas, conduciéndolas a disfrutar de los pastos más tiernos y las aguas cristalinas.

“Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor” v. 2

En los mismos campos de Belén en los cuales siglos antes David entonaba sus melodías inspiradas en las mudas noches de pastoreo, algunos pastores se encontraban guardando las vigias de la noche, es decir, se turnaban para vigilar despiertos a las ovejas. El silencio es total y la brisa ha cesado de soplar, el canto de las aves se acabó y ahora todo es soledad. De repente, aparece un ser

misterioso envuelto en una luz destellante que en pocos segundos cubre el campo que les rodea. Que misterio será esto, qué aparición tan gloriosa.

Estos pastores son visitados por un ser celeste, quien refleja la gloria destellante del Señor. Un temor les sobrecoge, y no es para menos. Isaías, el profeta, tuvo una experiencia similar en la cual se le permitió ver la gloria del Señor que llenaba el templo, y como resultado de ver su gloria, de ver su santidad, el profeta se llenó de profundo temor pues, sabía que estaba en la presencia del Dios santo, y siendo que él era pecador entonces temía que su santidad lo destruyera. Aunque estos pastores eran hombres piadosos, como luego veremos, no obstante ellos han pecado y no se consideran dignos de ver la gloria refulgente del Altísimo.

“Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo” v. 10

Los pastores no salen de su asombro y están temblorosos, miran los ojos destellantes del ser angélico, esperando tal vez escuchar una voz de trueno, pero no, no es así. Es una voz dulce que les habla con firmeza y les dice: *No teman*. Las mismas palabras que los mensajeros celestes dijeron siempre a los santos hombres y mujeres que recibieron su espectacular visita. Ningún siervo del Señor debe temer ante la presencia de su gloria. Ella nos llena de temor, pero es un temor reverente. Esta fue la experiencia de Moisés, de Isaías, de Ezequiel, de Zacarías el padre de Juan el Bautista, de María la madre de Jesús y de Juan el escritor del libro del Apocalipsis. Siempre escucharon la misma voz *“No temas”*, porque el mejor lugar del mundo, el sitio más seguro, es donde se encuentra la gloria del Señor.

Pero había una razón poderosa para que ellos no estuvieran temerosos al ver la gloria del Señor, pues, el ángel estaba allí no para traer juicio sobre ellos, sino para traerles las buenas nuevas de salvación, es decir, el evangelio. El Señor en su gracia había escogido a estos humildes hombres para ser los primeros en recibir el evangelio, la buena noticia de que el tiempo esperado por piadosos hombres como ellos, Simeón o la anciana Ana había llegado. La esperanza de Israel había llegado y he aquí ahora el tiempo de gozo y paz. Las noticias que él trae producirán profundo gozo en los pastores pero también en toda Belén, en Judea, luego en Samaria y hasta en lo último de la tierra.

Y no es para menos, pues *“Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” v. 11*

Son nuevas de gran gozo porque ahora el pueblo escogido del Señor podrá disfrutar del perdón completo de sus pecados, a través del sacrificio que se daría en la cruz. El nacimiento de este bebé es el inicio de la gran salvación, él crecerá y morirá para dar reconciliación y gozo a su pueblo.

Este niño que traerá salvación con su muerte en cruz, ha nacido en esta noche especial en la ciudad de David. El ángel conocía las profecías, al menos, fue informado por el Señor, que el Rey que traería salvación debía nacer en la ciudad de Belén y del linaje de David, el rey. Ese niño prometido ahora es nacido. Estas son las buenas nuevas.

El ángel utiliza tres títulos para el niño Jesús: Salvador, Cristo y Señor. Los pastores debían saber, para llenarles de más gozo, que este niño crecerá y llegará a ser el Salvador de Israel, el salvador del mundo. Su misión consiste en dar liberación del pecado a los que le esperan, el libraré a los que creen en él de las garras de Satanás, del poder de la muerte y los conducirá a la vida eterna. ¡Que mas salvación que esta!

Pero él también es el Mesías, es decir, el Ungido por el Espíritu Santo “para ser el gran profeta, el compasivo Sumo Sacerdote y el eterno Rey”³. Él es el Señor que gobernará sobre todas las cosas, y de manera especial sobre su pueblo, el cual se someterá voluntariamente a su señorío. Todo esto lo verían los pastores en un humilde pesebre de Belén. Se requería de una fe especial para poder contemplar en ese niño, acostado en medio de los olores producidos por los animales del pesebre, a un Salvador, Mesías y Señor.

Solo un corazón piadoso, influenciado por el Espíritu Santo podrá ver en Jesús a aquel poderoso Salvador que el hombre requiere para su liberación del pecado. Solo un corazón transformado por las santas influencias del Espíritu divino estará capacitado para reconocer que Jesús es el verdadero Mesías, solo un corazón conquistado por la gracia de Dios podrá reconocer el Señorío de Jesús. Estos humildes pastores eran hombres piadosos que fueron capacitados por Dios para ver en el indefenso niño de Belén a su esperanza cumplida.

“Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” v. 12

Aunque el ángel no ordenó a los pastores que fueran a Belén a ver al niño, él sabe que sus corazones expectantes los inclinarán a correr presurosos hasta el pueblo

³ Hendriksen, William. Lucas. Página 159

para encontrar a tan especial niño. Por eso el ángel da unas indicaciones de manera que ellos lleguen al lugar correcto y al niño correcto. La señal es que encontrarán al Poderoso salvador envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Es posible que esa “noche buena” otros niños habían nacido en Belén, pero solo uno de ellos estaría acostado en una pesebre, el resto estarían bajo el techo de una casa.

“Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas. Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” v. 13-14

Luego que los pastores se hubieron acostumbrado al resplandor de la gloria del ángel, y de haber recibido su mensaje, otra sorpresa asombra a los maravillados pastores. De pronto, un ejército de ángeles aparece en la escena, alumbrando con la exuberante gloria del Señor la hermosa noche en que nace el poderoso salvador.

Pareciera que el cielo se hubiese abierto en medio de la noche. Me imagino que así como Pedro se entusiasmó sobremanera al ver la gloria de Jesús en la transfiguración, estos humildes hombres también desearon que esa noche no tuviera fin. Los pesebres y los cuadros de navidad se quedan cortos al tratar de dibujar la hermosura de la noche buena en los campos de Belén.

Estos ángeles alababan al Señor. A lo mejor entonaban preciosos himnos adorando al Dios sublime que ha cumplido las promesas y profecías hechas a los antiguos padres de Israel.

Lucas nos dejó el registro de tres frases pronunciadas por esta multitud angelical, las cuales de seguro nos enseñan profundas verdades:

Gloria a Dios en las alturas. Ellos quieren que toda la creación alabe a aquel por quien fueron hechas todas las cosas. El creador ahora toma forma de una criatura, el dador de la vida toma la carne de un hombre mortal, el Todopoderoso Dios ahora es un débil bebé. Todo el mundo debe dar gloria y exaltación a ese Dios que, aunque ha bajado a las partes más bajas, es decir, a la tierra, su morada eterna son las alturas. Él habita en luz inaccesible, más alto que la morada de los ángeles, más alto que lo alto. Allí deben llegar las alabanzas de todas sus criaturas, ángeles y humanos, todos unidos exaltando su inmenso amor.

Y sobre la tierra paz entre los hombres de su beneplácito (o complacencia). El que dijo *“la paz os dejo, mi paz os doy, yo no os la doy como el mundo la da.”* (Juan 14:27), estaba naciendo en Belén. Aquel que venía a reconciliar al hombre

rebelde con su creador justo, estaba naciendo en un humilde pesebre. Él traería paz a los hombres, una paz eterna y duradera, la paz que resulta de saber que nuestros pecados han sido perdonados, la paz entre Dios y el hombre. Pero no todos disfrutarían de esta reconciliación con el santo creador, pues, solo se ofrece a los hombres de su *beneplácito* o *complacencia*, es decir, a aquellos en los cuales Él se ha agradado, no por alguna obra que hubiesen hecho, sino por la elección. El apóstol Pablo lo expresa así: *“(Pues, no habían aún nacido, ni habían hecho aún bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama)”* (Ro. 9:11).

Siendo que algunas versiones de la Biblia expresan lo dicho por los ángeles así *“Y en la tierra paz para con los hombres de buena voluntad”*, entonces se puede llegar a la conclusión que la paz será para los que tenga una natural disposición a recibir al Rey, pero esto no es lo que dijeron los ángeles. La palabra usada en griego fue *eudokias* la cual hace referencia al beneplácito de Dios, no al del hombre.

La paz verdadera es la porción de todos a los que Dios ha elegido en su gracia, a estos él los llama para que crean en su Hijo y disfruten para siempre de la paz que resulta de saberse perdonado eternamente por los méritos de la muerte del Hijo de Dios.

Fue un mensaje contundente el que los pastores escucharon de los seres celestes. No había razón para quedarse solo con la noticia sin verificarla, así que estos humildes hombres hacen algo para dejar a los rebaños bajo protección y deciden marchar a Belén para ver lo que la multitud de ángeles le habían anunciado.

2. El mensaje verificado v. 15-17

“Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre, y al verlo dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño”

Siempre que el médico prescribe la medicina se espera que el paciente se apresure a usarla para su propio bienestar, siempre el pastor predica el santo consejo de Dios se espera que los creyentes obedezcan los principios aprendidos, para su propio bien, eso es lo que esperamos de estos sencillos pastores. Luego

de escuchar semejante noticia, se espera que ellos salgan presurosos para conocer al que será Rey y Salvador de Israel.

Lucas nos muestra a unos hombres que sin vacilación alguna creen el mensaje celestial e inmediatamente, sin demora, corren a Belén. Esta es la actitud de alguien que ha sido tocado por Dios y anhela ver su salvación. No tiene tiempo para esperar, no es de lo que dicen “mañana lo haré”, sino que habiendo escuchado la buena nueva de salvación considera la importancia del asunto y anhela con toda su alma disfrutar de la verdadera paz que procede de Emmanuel.

Y todo aquel que “*escapa por su vida*” y corre de la ciudad de destrucción a la ciudad de Sión, encontrará al Salvador que nació en Belén y murió en la cruz para dar salvación a los que creen en Él.

Lucas dice que estos pastores llegaron al sitio correcto y encontraron, tal como los ángeles habían dicho, al niño acostado en un pesebre, con sus amorosos padres. A falta de familiares Dios les envía a un grupo de pastores humildes para que juntos celebren el nacimiento del Rey del mundo.

Dios no escogió a lo más selecto de la sociedad judía, ni a los líderes religiosos, sino a piadosos hombres que por lo general eran rechazados por la sociedad, solo en ellos se agradó Dios para darles el privilegio de ver al Mesías que nacía en Belén. Y esto no es más que una muestra de lo que iba a ser la constante en el ministerio de Jesús, pues, el reino de los cielos sería entregado a los pobres en espíritu (Mt. 5:3), y el Espíritu Santo le ungió para dar buenas nuevas a los pobres (Lc. 4:18); de allí que Santiago dijera “*¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?*” (St. 2:5).

Pero los pastores no solo verificaron lo que los ángeles le habían anunciado, sino que ellos contaron la historia completa. Ellos se expusieron a la burla, pues, no era común que seres angélicos se aparecieran ante los hombres, y mucho menos, se podría pensar, a sucios pastores que no cumplían con los rituales de limpieza diaria que había establecido la tradición religiosa de los ancianos. Pero a pesar de la posible incredulidad de la gente, los pastores, que no tenían nada que perder, deciden contar la bella historia, tal y como la escucharon de los ángeles.

No es posible que nosotros conozcamos la bella historia del Salvador y la guardemos solo para nosotros, pues, esta es una historia para contar a los cuatro vientos, para llevar por doquier andemos nosotros. Es la historia de las historias, es la historia del maravilloso Dios que se hizo hombre para redimir al hombre de la

podredumbre de sus pecados y conducirlos a una vida mejor, de limpieza, de reconciliación con Dios.

Es posible que algunas personas de Belén, al escuchar llorar al recién nacido Rey se acercaran al pesebre, y esta gente escuchó el mensaje de los pastores. Ellos les dijeron que este niño, de humilde apariencia, con padres sencillos y el cual tiene por cuna un pesebre, este niño sería grande y traería gozo al pueblo de Dios, pues, él es el Salvador prometido, el Mesías esperado, el Señor de David. No era fácil predicar este evangelio, pues, la gente lo único que podía ver era un sencillo y débil bebé naciendo en condiciones infrahumanas, no estaban viendo al hijo de un poderoso rey. Pero los pastores no se pueden quedar callados, nadie que ha conocido verdaderamente al Salvador puede quedarse callado, quiere contar a todos la bella historia.

Aunque no todos hayan creído la historia de los ángeles, lo cierto es que predicar la buena nueva de salvación, siempre produce resultados.

3. El mensaje y sus resultados. V. 18-20

“Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho”

El mensaje de los seres celestes, dados a conocer ahora a través de los humildes pastores, crea un impacto en la gente que escuchaba. Ellos se maravillaron. Todo era tan misterioso y a la vez grandioso. Un emperador que decreta un censo, el cual obliga a José y María a hacer un viaje muy largo para que lleguen a Belén, el nacimiento del bebé en un pesebre, los ángeles que se le aparecen a los pastores, todo esto es muy extraño, pero maravilloso. Coincide con las profecías que se habían dicho.

Pero este mensaje no solo produce un maravillarse ante el poder divino, sino que conduce a la reflexión, a la meditación, tal como sucedió con María. Ella estaba atesorando estas cosas en su corazón. No las podía comprender por completo, pero las meditaba y con el transcurrir del tiempo de la vida de su hijo, ella acumularía más datos en su corazón, hasta que pudiera comprender a cabalidad el ministerio y el destino de su hijo.

Ella no logró entender bien todo lo que sería de su Hijo, pero con el paso del tiempo, y acumulando datos en su mente piadosa, llegó a ser adoradora de aquel que había salido de su vientre.

Cuán importante es contar con una mente piadosa, que medite en las cosas de Dios. No solo que escuche las buenas nuevas o el mensaje divino, sino que reflexione en dicho mensaje, hasta que su fe sea fortalecida. El salmista tenía por costumbre meditar en la palabra del Señor, él dice: “*¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación*” (Sal. 119:97). María era una mujer piadosa, y como tal meditaba constantemente en los dichos del Señor. Cuánto gozo hay en esta clase de meditaciones. María tuvo tropiezos en su fe, pero meditando y meditando en la palabra del Señor, logró tener una fe victoriosa.

Pero ¿Qué de los pastores mismos? En ellos también un resultado maravilloso, sus corazones fueron henchidos de gozo y confianza, de manera que, a pesar de ver al niño en un humilde pesebre, su fe no echó para atrás. Ellos no dudaron en ver lo que los ángeles le habían anunciado. Si vieron a un bebé frágil, pero en él contemplaron, por los ojos de la fe, al Salvador de Israel, a Emmanuel, Dios con nosotros, al Mesías, al Señor que gobernará sobre todas las cosas.

Y el resultado de andar por fe y no por vista, es gozo. Ellos se volvieron a su rutinaria y despreciada labor glorificando y alabando a Dios. Cuánto gozo hay en mirar a través de los ojos de la fe. Ellos creyeron sin titubear el mensaje celestial y el resultado fue gozo, adoración y alabanza para con el Dios que se mueve en la historia humana, ofreciendo salvación a todo aquel que es de su beneplácito.

Aplicaciones:

- Las nuevas de gran gozo han sido proclamadas. La historia maravillosa ha sido contada. ¿Hay gozo hoy en tu corazón? ¿Puedes ver en ese pesebre al que será la fuente de infinito gozo para su pueblo? Estas nuevas de gran gozo no son para unos pocos, es para todo el pueblo. ¿Has venido hoy a ver al recién nacido Rey? ¿Has acudido con el resto del pueblo a escuchar la historia de los pastores? Ellos tienen algo maravilloso que contarnos: Que Dios ha mirado la miseria del género humano y se ha encarnado en un humilde bebé para dar Salvación, que el Dios rico se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos por su Gracia. ¿No es esta una nueva de gran gozo para tí? Mira en el bebé de Belén a aquel que nos da gozo sin fin, que nos reconcilia con Dios el Padre y limpia nuestra conciencia de pecado, por la sangre que derramó en la cruz del calvario.

- Luego de escuchar la bella historia ¿Podrás permanecer quieto e inmutable en tu lugar? Espero que no. Ruego al Señor que así como en la gente de Belén, esta historia produjo un maravillarse, y a María la condujo hacia un espíritu meditativo,

y a los pastores los condujo a un espíritu de adoración, tu corazón sea movido hoy por el Espíritu Santo de manera que te maravilles, medites y adores. No es para menos, conocemos la bella historia de Jesús quien de su gloria a esta tierra bajó para dar salvación.